

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES UNIOS!

n.º 109 4040

**CEDOC
FONS
A. VILADOT**

ANALISIS Y DOCUMENTOS



● EDITA ACCION COMUNISTA

Nº 4
UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

Con Análisis y Documentos nos proponemos divulgar entre los trabajadores artículos de distinta índole y procedencia sobre temas de actualidad relacionados con el movimiento obrero y sus organizaciones.

Nuestro propósito es que la experiencia e investigación ajenas contribuyan al necesario esclarecimiento de tanto problema pendiente y a la indispensable base documental para la reflexión y búsqueda propia de soluciones adecuadas para el avance del movimiento obrero.

Publicaremos, por lo tanto, trabajos a menudo dispares tanto en su enfoque como en su contenido y con los que no nos identificamos necesariamente en su totalidad o en su intención. No nos preocupa el que sean discutibles, porque nuestro deseo es que los textos de esta colección estimulen la reflexión y la orientación de una práctica.

A. C.

El artículo contenido en este número forma parte de una serie de textos dedicados al problema de la organización de la vanguardia y a las relaciones entre teoría socialista y movimiento obrero, entre intelectuales comunistas y clase trabajadora.

En 1902 Lenin había sostenido que el socialismo debe ser introducido "desde fuera", porque los trabajadores por sí mismos sólo alcanzarían una conciencia sindical. Poco después reconoció que "había exagerado la nota" a fin de que se oyera bien y habida cuenta de los problemas concretos con que se enfrentaba el movimiento obrero ruso. Con la momificación de Lenin y del "leninismo", la "nota exagerada" se convirtió en verdad de catecismo y se ocultaron las correcciones que el propio Lenin había señalado como indispensables.

Este artículo critica la posición de que el socialismo debe ser aportado al movimiento obrero desde fuera. Se publicó en "Cahiers de Mai", Cuadernos del Mayo, el Mayo francés de 1968, revista socialista y revolucionaria de nuestro vecino país.

¿EL SOCIALISMO DEBE SER APORTADO A LA CLASE OBRERA DESDE EL

EXTERIOR?

La cuestión que vamos a tratar no es teórica, abstracta, mas bien de la vida cotidiana del trabajador y de los problemas que le plantea la organización actual, mejor dicho la desorganización de la sociedad.

El socialismo (o Comunismo) del que todo el mundo habla incluídos los carteles electorales, de donde viene? quien fué su inventor? a qué necesidades responde?

Los dos términos socialismo y proletariado han estado tradicionalmente vinculados. El socialismo se considera que tiene por objeto el dar el bienestar a la clase obrera. A este título es mucho más atractivo para los obreros asalariados que para las clases medias y los campesinos, sin hablar de la burguesía dominante que lo teme y lo detesta.

Mas quien fué el primero que concibió el socialismo? En buena lógica, debieron ser sus futuros beneficiarios, los obreros. Sin embargo, curbado bajo el peso de la labor aplastante que le imponía la sociedad capitalista y que fué más afortunado aun en los tiempos en que la jornada de trabajo era de 12, 14 y más horas aún, el obrero no tenía ningún placer en reflexionar sobre su condición, y menos aún en hacer teoría.

Por otra parte, la sociedad capitalista durante generaciones, le ha privado de la instrucción o mediante la escuela primaria solo se lo ha dado con cuenta gotas. El socialismo, es decir la reconstrucción del cuerpo social sobre bases nuevas, a la vez más eficaces, más equitables y más humanas, plantea una cantidad de arduos problemas: filosóficos, económicos, técnicos y en particular políticos. Xige, pues, a los que se hacen sus partidarios o propagandistas, un cierto grado de conocimientos.

¿Significa esto que la clase obrera sería, por ella misma, incapaz de pensar y procever el socialismo y que otros en consecuencia deberían hacerlo por ella, en su lugar?

Antes de responder a esta pregunta, nos tenemos que plantear el problema desde otro ángulo y preguntarnos: Cual es el fundamento del socialismo, su esencia, su idea matriz? El socialismo es ante todo la toma de consciencia de la explotación del hombre por el hombre, del robo de que es víctima el trabajador el cual es privado por el capitalismo de una parte importante de la riqueza que el ha creado. Por otra parte el socialismo es el conocimiento de las escandalosas diferencias de condición entre las diversas clases sociales, la noción de rico y de pobre y más allá el apercebirse de la lucha de clases despiadada, que llevan a cabo los poseedores contra los poseidos, lucha a la que responde, por un reflejo de defensa elemental, la lucha de clases tenaz de los poseidos contra los poseedores.

Diariamente, a cada hora, en la fábrica, en el taller, en la obra, en los servicios públicos del estado patrón, el asalariado resiente esta lucha de clases, a causa de ello, esta mucho mejor informado que las otras clases sociales sobre la realidad de un conflicto para el que no hay más salida que la perspectiva de una sociedad socialista. Los otros descubren esta realidad en los libros, los periódicos, abriendo las ventanas o viendo la televisión. El obrero lee, sin texto, sin gafas ni grandes titulos, en el libro mismo de su vida cotidiana.

El proletariado y el socialismo

Sin embargo, es cierto que desde tener consciencia de la lucha de clases hasta llegar a la convicción de que el socialismo es la única solución que se ofrece, hay una cierta distancia. ¿Porqué?

En primer lugar, por lo mismo que el socialismo es una incógnita, una palabra fascinante, puede ser a los ojos de ciertos obreros, una palabra sin contenido preciso, o simplemente una perspectiva atractiva, pero nunca experimentada en nuestro país, (en el marco y dentro de los horizontes relativamente limitados donde el obrero está condenado a vivir;) o bien el socialismo, aparece como el tipo de régimen social totalitario, dictatorial, policiaco, que usurpa este nombre en los países del Este, el tipo de régimen que, por ejemplo, ha reprimido brutalmente las revueltas obreras de Alemania del Este, de Hungría, Checoslovaquia y más recientemente de Polonia. ¿Vale la pena, se pregunta ansiosamente el obrero que se vuelve desconfiado, de correr el riesgo que comporta toda revolución social, el riesgo de una guerra civil, de la parálisis temporal de la economía, la escasez posible por una serie de años, a fin de conseguir un régimen que, cierto, elimina la propiedad privada, pero que, en las relaciones sociales y humanas, no tiene de socialista más que el nombre?

¿Sería pues necesario, para sacarlo de su legítimo escepticismo, de su comprensible pasividad, que alguien desde fuera, alguien que no pertenezca, por su actividad cotidiana a la clase obrera, que tiene solamente una lejana idea de sus problemas y de sus males diarios; alguien que ha tenido el privilegio de la instrucción, que tiene la suerte de disponer de un cierto número de horas por día que le permiten la reflexión y la consultación de libros, de diversos órganos de información, sería necesario que alguien le aconseje desde el exterior, que intente sacarlo de su torosa desconfianza e inspirarle a todo trance una inagotable confianza en el porvenir del socialismo auténtico, de sus posibilidades de éxito y que de modo más preciso aún, le sugiera, le indique como estrategia cuyo oficio es el de hacer la guerra, la línea, las vías y los medios de la revolución social?

En otros términos, la clase obrera de hoy en día, dejada a sí misma, ¿se encontraría desarraigada, impotente, cegada, incapaz de concebir el socialismo, por esta causa entre otras: el haber sido esta palabra tan mancillada e incluso a menudo traicionada? Los elementos exteriores a ella, ¿deberían pues en consecuencia dirigirla, por no decir violentarla, en el combate revolucionario? ¿No puede ella pasarse sin los intelectuales que piensan por ella y sin los revolucionarios profesionales que la encuadran autoritariamente?

Un problema que se creía solucionado

El problema que acabamos de plantear es viejo como el socialismo. Apareció claramente ya a un cierto número de militantes que, en el siglo XIX, osaron tomar la pluma tratando de esclarecer y de servir al proletariado. Pero estos nombres, ellos mismos lo han reconocido, nunca se hubiesen podido sentar detrás de la mesa de trabajo y hacerse una idea del socia-

lismo, si antes que ellos o al mismo tiempo, los trabajadores no hubiesen comenzado ya, sin esperar ninguna señal, sin contar con un guía, la lucha más vigorosa contra sus explotadores. El socialismo en los orígenes tiene el aspecto, de un simple comentario escrito, de una simple interpretación teórica de una lucha de clases preexistente. Los verdaderos inventores del socialismo han sido los obreros.

No obstante, no es menos verdad, que en un primer período, en que el proletariado era todavía embrionario, incapaz, salvo una pequeña minoría, de dar un sentido a las luchas elementales, una vanguardia, salida de las clases instruidas, es decir de las burguesías, tuvo que substituirse al proletariado, querer por él, y organizarse para intentar tomar el poder independientemente de él, recurriendo a procedimientos de clandestinidad y de conspiración. Tal fué el caso de la Sociedad de los Iguales ya comunista de inspiración, que se sublevó en 1796, bajo la dirección de Gracchus Babeuf. Tal fué el caso más tarde de la Sociedad de las Épocas (Société des Saisons) heredera de la tradición empezada por la precedente, que intentó en vano lanzar el combate en las calles de París en 1830. Más tarde, en 1852, Blanqui se explicaba a este respecto en términos muy explícitos: "Gracias al cielo, hay muchos burgueses en el campo proletario. Son ellos los que hacen la fuerza principal...ellos aportan un contingente de lumbreras que el pueblo desgraciadamente no puede aún dar. Son los burgueses los que primero han levantado la bandera del proletariado"

Pero la rápida industrialización francesa, el progreso de la instrucción en el seno del proletariado, se manifestaron con una floración de periódicos redactados por obreros, que modificaron radical y muy rápidamente las condiciones de la lucha social. La huelga general obrera de París en 1840, fué un movimiento auténticamente proletario, sin ninguna interferencia del exterior.

Poco después, en 1847, dos socialistas alemanes, Carlos Marx y Federico Engels redactaron el célebre Manifiesto Comunista; dicen en él expresamente, con modestia, que sus concepciones teóricas "no reposaban de ningún modo sobre ideas, ni principios inventados o descubiertos por tal o tal otro reformador del mundo. Son solamente la expresión general de las condiciones efectivas de una lucha de clases...que existe, que se obra bajo nuestros ojos..." Años más tarde, en 1872, después de la formación en 1864, de la I Internacional Obrera, que era en parte una federación internacional, menos de partidos políticos que de sindicatos obreros, Marx precisara que, "la elaboración teórica" del programa de esta organización universal, ante la cual él se presentó durante mucho tiempo, como simple consejero eclipsado y discreto, era a jada "la impulsión dada por las necesidades de la lucha práctica"

Pero después de Marx y Engels, el socialismo alemán convertido en partido político, parlamentario y electoralista, se burocratizara y perdiera poco a poco su función de órgano auténtico del proletariado, se dejara invadir por miembros procedentes del medio pequeño burgués e intelectual. Si pues su portavoz teórico, Karl Kautsky, hinchado de pretensiones "socialistas" construyera una nueva teoría. Contradiciendo flagrantemente las afirmaciones precedentes de Marx y Engels, cuyas ideas le habían formado. Los ojos de este teórico, sería "completamente falso" creer que la conciencia socialista es el resul-

tado necesario, surgido de la lucha de la clase proletaria. Atreviéndose afirmar que "el socialismo y la lucha de clases no se engendran mutuamente sino que proceden de fuente diferente" La conciencia socialista nace de la ciencia. El portador de la ciencia no es el proletariado, sino los intelectuales burgueses. Son estos últimos quienes han inculcado el socialismo científico - los proletarios. "La conciencia socialista es un elemento incorporado desde fuera de la lucha de clases al proletariado, y no una cosa que nace espontáneamente"

La verdad que Kautsky, admitirá pronto que ha ido un poco lejos, y que atenuará un poco la exageración de sus primeras fórmulas; se obstinara en sostener, equivocadamente por cierto, que el movimiento obrero es incapaz de producir por sí solo la idea socialista, pero concederá que engendra por lo menos el "instinto socialista", "que lleva al obrero a sentir la necesidad del socialismo" y que si los obreros deberían hacerse instruir por los intelectuales burgueses, estos en cambio deberían hacerse instruir por los obreros.

Se encuentra en Lenin, la misma visión relativamente pesimista en lo que concierne al papel que le corresponde a la clase obrera dentro de la elaboración del socialismo. Lenin era el discípulo ruso de Kautsky, y se expresaba en los mismos tiempos que este último. El fundador del bolchevismo, decía también, que los obreros dispersos, oprimidos, embrutecidos por el capitalismo no podían aun, en su amplia mayoría, poseer una conciencia de clase socialista y que esta solo podía ser aportada "desde fuera". El movimiento obrero, confinado en las reivindicaciones económicas sobre el terreno era incapaz de elaborar el mismo una ideología propia y generalizando temerariamente, Lenin llega a sostener que: "La historia de todos los países muestra que abandonado a sus propias fuerzas, la clase obrera llega solamente a la convicción que es necesario unirse en sindicatos para llevar la lucha contra los patronos"

Lenin, revolucionario ruso, tenía de todos modos una excusa que Kautsky, en Alemania, no podía invocar, a saber que en su país el proletariado estaba relativamente poco formado, era de origen rural reciente y estaba concentrado en algunos puntos de un inmenso país, privado de toda libertad democrática, aplastado bajo la brutalidad policiaca de un déspota. Las condiciones de principios de siglo, en el Imperio de los Zares, activaban la repetición en cierto modo, bien que en menor grado, de acciones minoritarias como las surgidas en la primera mitad del siglo pasado: el Babouvismo (Babeuf) y más tarde el Blanquismo (Blanqui). Sin embargo, igual que Kautsky que había corregido su formulación demasiado cortante, Lenin se vió obligado, teniendo en cuenta las críticas que se le habían hecho en todas partes, a suavizar sus fórmulas. Admitía pues que había exagerado un poco habiendo pretendido, de modo demasiado absoluto, y sobre todo demasiado general, que dejado a sí mismo el movimiento obrero solo puede subordinarse a la ideología burguesa. Si había dejado escapar algo de este género, fué llevado por el ardor de una polémica contra gentes que reducían el movimiento obrero a un vulgar sindicalismo reivindicativo y reformista. Así la varilla que estos habían curvado en un sentido, él la había doblado en sentido opuesto, pero solamente, asegura, que por el deseo de enderezarla. Lenin sostenía después que el socialismo científico se había formado "en estrecha conexión con el crecimiento

del movimiento obrero en general", que la teoría revolucionaria no "es un dogma hecho, sino que forma en estrecho contacto con la práctica de un movimiento revolucionario que acoge a las masas". Admito que en sus precedentes escritos, se le habían escapado algunas exageraciones. El comunista debía estar "indisolublemente ligado con la organización del proletariado haciéndose consciente de sus intereses de clase". Revolucionarios profesionales sí, pero en estrecha relación con la clase.

Estos preciosos correctivos, deberían ser más o menos ignorados o desconocidos de los "leninistas", y la concepción tan imprudentemente expresada más arriba, sería erigida por ellos al rango de dogma y literalmente petrificada. Tal concepción causa estragos aun hoy, en el mundo, en las filas de los jóvenes revolucionarios. Es errónea, sin duda alguna, tanto desde el punto de vista teórico como desde el práctico. Pues a partir del momento en que la clase obrera se acrecienta en número y homogeneidad, se desprende de sus orígenes rurales y eleva y cultiva su conciencia de clase, a partir del momento en que desarrolla en cierta medida, aunque sea insuficiente, su instrucción y obtiene en consecuencia ciertas libertades relativas que le son concedidas por la democracia burguesa, a partir de ese momento la noción de una incapacidad congénita del proletariado, de la necesidad de una introducción del socialismo en sus filas por "sabios" exteriores, tiende a ser desmentida por la realidad de los hechos, o a tornarse caduca.

La conclusión de este examen nos la ofrece otro gran marxista contemporáneo de Naustky y de Lenin, la revolucionaria alemana Rosa Luxemburgo, quien recordaba que el objetivo trazado o soñado por el pionero del socialismo alemán Fernando Lasalle (1825-1864) era, la fusión de la ciencia y de la clase obrera. La verdad que las masas obreras no habían aún, a pesar de susacionales progresos, llegado a una total madurez. Pero no había más que un medio para conseguir el último ambicioso objetivo fijado por Lasalle: era que los revolucionarios, mientras la evolución de la sociedad esté por cumplirse, avancen esta evolución material interviniendo con su voluntad para superar el retraso del proletariado. No se trataba pues de dirigir a las masas obreras sino de ayudarlas hacer ellas mismas su aprendizaje de la democracia directa, de desarrollar, de estimular sus libres iniciativas, de conservar su espontaneidad creadora de inculcarles la confianza en su capacidad, el sentido de sus responsabilidades futuras. La combinación y confluencia de estos dos movimientos, la ascensión objetiva de la clase obrera a una conciencia más alta por un lado, y por otro la voluntad subjetiva de los revolucionarios de contribuir debería darnos la solución del problema contradictorio expuesto en este artículo: la clase obrera, tiene ciertamente necesidad de "sabios" y de "revolucionarios profesionales". Pero apunta en el horizonte el día, y quizás se haya levantado ya ese día en que la ciencia revolucionaria será o es ya, su asunto propio.

Artículo aparecido en el periódico Cahiers de Mai, N.º 16, dic. 1969